

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 24

Vida después de la muerte

Por Gabriel Burgos Suárez

VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

Conferencia de Gabriel Burgos Suárez

Hay muchas ideas acerca de lo que es la vida después de la muerte que perturban a numerosos seres innecesariamente. Algunos piensan que no hay nada después, que la muerte es un final definitivo. Otros temen por su destino final, que puede ser de torturas infinitas en un infierno eterno si sus pecados no han ido absueltos por un ministro de Dios que actúa como intermediario. Otros más piensan que el ser querido que se fue lo hizo para siempre y que jamás volverán a tener contacto con él.

Esto, en gran medida, ha tenido su causa en las afirmaciones dogmáticas de la Iglesia durante siglos. El paraíso, el purgatorio y el infierno han preocupado a lo largo de la historia tanto a los fieles como a los papas, y así el Papa Benedicto XVI, afirmó en 2007 que no hay purgatorio, ni cielo, ni infierno, como lugares físicos en alguna parte del universo, sino que son estados de conciencia. Desafortunadamente de esto se habla poco o nada en la Iglesia, no se divulga en los medios de comunicación, y sigue siendo ignorado por casi todos los cristianos.

La Teosofía ha dicho desde siempre que los estados de conciencia después de la muerte dependen de lo que haya sido la vida antes de la muerte; son su consecuencia. Cada uno de nosotros es el arquitecto de su propio destino. Nuestra conciencia no cambia con la muerte; seguimos siendo exactamente los mismos, aunque por no tener ya un cuerpo físico no podemos tener contacto con el mundo físico de los que llamamos vivos. No hay ninguna razón para pensar que, por el hecho de morir, un tonto se convierte en listo; un ignorante en sabio; un pecador en santo; un vicioso en un ser puro; un avaro en generoso mecenas; un dogmático en ponderado y ecuánime; y así sucesivamente. Tener esto claro cambia completamente nuestra actitud hacia la muerte.

Veamos que pasa a través de unos diagramas.

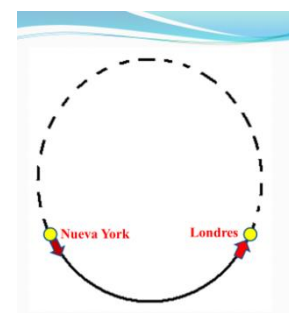
Muchos ven el nacimiento y la muerte como un acontecimiento lineal. Un ser nuevo aparece en el mundo al nacer, vive un tiempo corto o largo, y desaparece con la muerte.



Podríamos considerar de la misma manera un viaje de Nueva York a Londres en forma lineal. Salimos de un punto para llegar a otro por el camino más corto que es la línea recta.



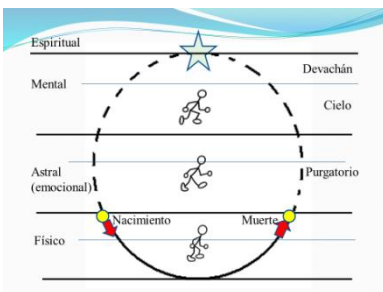
Pero el viaje no se realiza de esa manera. Al viajar en avión alrededor de una esfera, como lo es nuestro planeta, la línea más corta no es la recta, sino un arco de la circunferencia como se muestra en el diagrama.



VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

Folleto teosófico colombiano #24

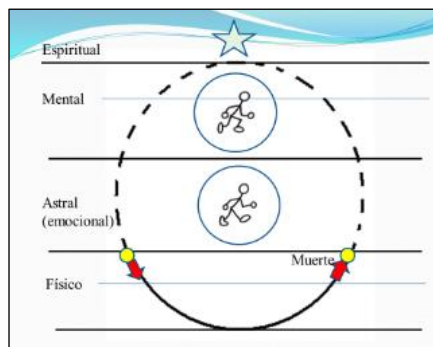
Algo similar sucede en nuestro viaje del nacimiento a la muerte. No venimos de la nada para existir durante unos años y desaparecer definitivamente con la muerte, lo cual podría mostrarse en un viaje en línea recta. La vida en el mundo físico denso es solo parte de un ciclo evolutivo mayor de vida en diferentes planos, de los cuales, en el mundo físico de los sentidos, no



percibimos sino lo representado como el arco inferior de una circunferencia. Pero, somos también seres sensitivos, emocionales, y tenemos un cuerpo correspondiente para que toda clase de emociones y de sentimientos puedan expresarse; y en forma similar tenemos un cuerpo mental para la expresión de todas las complejas funciones del pensamiento. Y esencialmente somos seres espirituales. Cuando estamos viviendo en el mundo físico estamos viviendo también en esos otros mundos del sentimiento, del pensamiento y del espíritu.

Nuestra constitución como seres humanos es total y completa como nos lo muestra la gráfica del lado.

El arco inferior, que se cierra con la muerte, indica que gran parte de la circunferencia, de la cual es un fragmento, está oculta para nosotros, no la podemos percibir — pero está ahí, poniendo en movimiento todas sus actividades. Porque el cuerpo físico no es el causante de la acción; actúa movido por la voluntad, emociones, sentimientos y pensamientos de su dueño. No crece recto o torcido por sí mismo; nunca dirige ni toma decisiones, es dirigido por buen o mal camino desde adentro, desde las profundidades del ser. El cuerpo físico no es codicioso ni injusto ni mentiroso; como tampoco generoso o justo o veraz. Todas las cualidades o defectos tienen su origen en la mente y en los sentimientos, que se pueden expresar a través del cuerpo físico. Es en esos campos en donde encontramos la raíz de todas nuestras dichas y sufrimientos. Pero como estos se manifiestan a través del cuerpo físico, muchos creen que allí tienen su origen, como, para poner un ejemplo, suponían algunos monjes medioevales acerca de su lujuria que pretendían dominar mortificando al cuerpo con látigos y cilicios creyéndolo culpable; cuando en realidad su lujuria estaba en sus mentes y emociones.



Llega la muerte, lo cual está representado en la gráfica de arriba por la desaparición de la figura del cuerpo físico. Pero en todo lo demás sigue siendo exactamente igual a como era antes de la muerte. Ya no hay un cuerpo físico, pero su mente y emociones siguen siendo exactamente las mismas de antes — ni mejores ni peores. Y esto cambia completamente la situación del individuo después de la muerte.

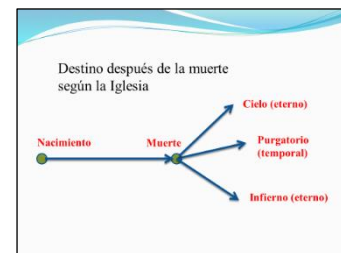
Las causas que movieron al cuerpo y que por medio del cual tuvieron su expresión, continúan, pero no tienen ahora el instrumento para manifestarse ni para bien ni para mal, dando esto ocasión a todas las ideas acerca de infiernos, purgatorios y cielos, ciertas, pero no como lugares sino como estados de conciencia como vimos anteriormente. Un infierno, si el individuo que murió llevó una vida desordenada en muchos sentidos: crímenes, abusos de distintas clases, lujuria, codicia, engaño, corrupción, vicios, y tantas otras satisfacciones para su egoísmo y placer personales a costa de su propia degradación y del sufrimiento de otros, o que contribuyeron a degradar a algunos; satisfacciones que añora y que ahora, sin un cuerpo físico, no puede lograr.

VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

Folleto teosófico colombiano #24

Veamos el ejemplo de un vicio para aclarar lo dicho: el alcoholismo que abruma a un adicto, que lo domina y que no puede calmar sino satisfaciéndolo. Cuando siente la compulsión que lo arrastra a satisfacerlo, pues si no lo hace se siente abrumado y perdido, unos tragos lo calman y posiblemente se siente feliz, o por lo menos se libera temporalmente de sus frustraciones, angustias y penas. Cuando pasa el efecto estimulante del alcohol vuelve a su agonía y busca nuevamente una salida a través del alcohol, lo cual se vuelve un círculo vicioso que lo hunde cada vez más. No solo eso, sino que tiene pérdidas posiblemente irreparables. Pierde el cariño de su esposa, de sus hijos y amigos, de sus compañeros de trabajo que lo rechazan y abandonan; pierde la confianza de sus jefes y su empleo por su comportamiento inaceptable. Vive aquí y ahora en una tragedia de la cual no puede salir generalmente sino cuando toca fondo, pues no ha tenido voluntad para lograr un cambio que quizás quisiera, ni para oír consejos de sus seres queridos ni seguir tratamientos de profesionales idóneos. Entidades como ‘alcohólicos anónimos’ pueden ayudarlo, y tal vez llegue a salir de este infierno cuando aún tiene un cuerpo físico como otros lo han hecho.

Pero qué pasa si este hombre muere bajo la compulsión del alcohol, que es psicológica fundamentalmente. Es cierto que el cuerpo se acostumbró al alcohol por imposición de su dueño, y pide que se le satisfaga, aunque sin culpa propia sino del amo que lo utilizó para calmarse o para sentirse pasajeramente feliz. El cuerpo era el medio para lograrlo, pero ahora ese cuerpo ya no existe porque sufrió la muerte. Pero el hombre que lo usó durante muchos años sigue vivo en los estados más sutiles de mente y emoción, con sus mismas ansias, deseos y compulsión por el alcohol, que no puede calmar porque no tiene un cuerpo físico para hacerlo. Es una permanente y continua compulsión que lo atormenta — un verdadero infierno. Nadie lo castiga, no va a ninguna caldera con llamas, ni hay ningún demonio con tridentes para torturarlo. Simplemente él ha puesto las condiciones para encontrarse así. Esto nos indica que hay muchos tipos de infiernos como nos muestra Dante en su *Divina Comedia*; el que cada cual ha construido por sus propios vicios y defectos.



Pero este infierno no puede ser eterno. La Iglesia consideró entonces el purgatorio para los que no son perversos en grado sumo, un lugar de purificación que implicaba casi los mismos dolores del infierno, pero del cual las almas podían salir y partir hacia el cielo; algo más justo que la idea de castigo eterno, similar al que nos muestra la Teosofía en el ejemplo anterior del alcohólico, y que nos dice que no es un sitio ni es eterno, pero que se sufre en los cuerpos o instrumentos de la naturaleza psicológica del ser, mental y emocional.

Pero ¿qué pasa después de la muerte con los seres corrientes que ni son muy buenos ni muy malos? Tienen su purgatorio como los seres anteriores, aunque menos duro, y que corresponde a la vida que acaba de pasar, construido por sí mismos; infinidad de estados pues todos somos diferentes y hemos vivido de manera distinta.

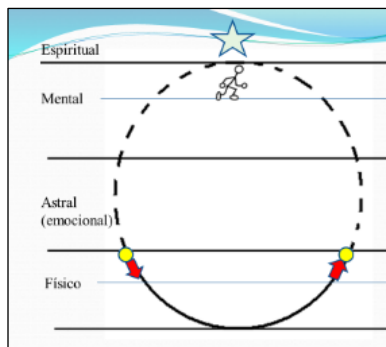
Y ¿qué pasa con los que han sido buenos, fraternales, santos y sabios? Viven allí, pues tienen que trasponer ese estado, pero sin ninguna pena, dormidos en donde su conciencia no responde, mientras despiertan en la etapa siguiente que es el cielo de los justos.

Después de esta experiencia, desde cuando ha muerto el cuerpo físico y hasta que se hayan agotado las causas que condujeron al ser a las condiciones anteriores y ya no tiene nada que pasar allí, hay una segunda muerte en la constitución del ser. Debe morir la naturaleza psicológica emocional y mental hasta agotar las causas puestas en la vida que acaba de pasar y

que acabamos de examinar. Muere primero el cuerpo emocional y luego, aunque casi simultáneamente, el cuerpo que en Teosofía se denomina mental inferior. La conciencia del ser no funciona en el cuerpo físico porque éste ha muerto ya hace mucho tiempo, ni en el mundo astral o emocional pues el cuerpo en el que funcionaba también ha muerto. La conciencia vive y actúa en el cuerpo mental.

Recordemos que el cuerpo mental, que es uno, actúa en dos campos diferentes. O se involucra con la naturaleza inferior emocional y física, y lo denominamos mente concreta; o lo hace con la naturaleza superior espiritual, y lo llamamos mente abstracta.

La mente inferior también debe morir y nuestra conciencia vive entonces en el mundo de la mente abstracta o superior en el estado denominado cielo, en donde cosecha y disfruta la quintaesencia de sus experiencias de tipo elevado y espiritual en la vida terrena que acaba de pasar. Todo ser, aunque haya llevado una vida materialista en grado sumo y en todo sentido, si algo hizo bueno y generoso y de servicio y de amor a algún ser humano o a alguna criatura, aunque solo sea un animal doméstico que quizo profundamente, tiene su cielo, aunque naturalmente pequeño.



En la etapa celeste se han ido acumulando las experiencias elevadoras a través de muchísimas encarnaciones anteriores a las cuales se agregan las de la última vida. Son el despertar de facultades infinitas, reflejo de las que están siempre presentes en la Mónada, y que se van activando lenta y progresivamente a lo largo de la evolución en la mente abstracta, uno de los vehículos del alma. Todo aquello que se ha despertado lo ha hecho para siempre, y continuará creciendo vida tras vida por medio de las experiencias espirituales que se hayan puesto en acción.

No hay posibilidad de retroceso ni de olvido. Nada se pierde de esta cosecha espiritual. Debido a ese despertar y crecimiento de lo Eterno, el ser está cada vez mejor dotado para enfrentarse a nuevos desafíos en encarnaciones posteriores y seguir en su ascenso evolutivo.

Pero si el ser no tiene nada para cosechar para lo eterno porque nada sembró espiritualmente en esa última vida, cuando su conciencia se sitúe en el mundo celeste de la mente abstracta permanecerá dormido hasta cuando tenga que reencarnar. Tendrá entonces una nueva oportunidad para corregir sus fallas, enderezar el camino, aprender de las lecciones que le presentará la vida, y dar un paso más que lo acerque a la meta del hombre perfecto. La Vida Divina, con su amor infinito, nos ha dado y nos sigue dando oportunidades sin cuento para nuestro crecimiento espiritual. Nunca nos castiga ni premia; nosotros mismos, y solo nosotros, ponemos las condiciones para sufrir o ser felices, para desperdiciar las oportunidades o para aprovecharlas para cumplir el propósito para el cual venimos una y otra vez al mundo.

Reflexiones del maestro zen Hakuin sobre el cielo y el infierno

Vino a verle un guerrero, un samurai, un gran soldado, y le preguntó: «¿Existe el cielo, existe el infierno? Y si hay cielo e infierno, ¿dónde están las puertas? ¿Desde dónde se entra? ¿Cómo puedo evitar el infierno y elegir el cielo?»

Era un guerrero simple. Un guerrero solo conoce dos cosas: la vida y la muerte; su vida siempre está en juego, siempre está jugando; es un hombre simple. No había venido a aprender

ninguna doctrina. Quería saber dónde estaban las puertas para evitar el infierno y entrar en el cielo. Y Hakuin le contestó de la única forma que un guerrero podía entender.

¿Qué hizo Hakuin? Le dijo: “¿Quién eres tú?”. “Soy un samurái”, replicó el guerrero.

En Japón ser un samurai es algo de lo que sentirse orgulloso. Significa ser un guerrero perfecto, un hombre que no dudará ni un segundo en entregar su vida. Para él, la vida y la muerte sólo son un juego. Y dijo: “Soy samurai, soy un jefe de samurais. Incluso el emperador me presenta sus respetos”.

¿Tú un samurai? — dijo Hakuin riéndose. Más bien pareces un mendigo. El orgullo del samurai estaba herido, su ego machacado. Olvidó a qué había venido. Sacó la espada y estaba a punto de matar a Hakuin. Olvidó que había venido a ver al maestro para aprender dónde están las puertas del cielo y del infierno.

Hakuin se rio y dijo: —Ésta es la puerta del infierno. Con esta espada, esta ira, este ego, así se abre la puerta. Esto es algo que un guerrero puede entender. Y el samurai comprendió de inmediato: ésta es la puerta. Volvió a envainar la espada.

Y Hakuin dijo: —Ahora has abierto las puertas del cielo.

«El cielo y el infierno no son geográficos, son psicológicos, son tu psicología. El cielo y el infierno no están al final de tu vida, están aquí y ahora. La puerta se abre a cada momento; a cada momento transitas entre el cielo y el infierno. Es algo que ocurre de momento a momento, es urgente; en un momento puedes pasar del infierno al cielo, del cielo al infierno. El infierno y el cielo están dentro de ti. Las puertas están muy cerca una de otra: con la mano derecha puedes abrir una y con la izquierda puedes abrir la otra. Con un cambio mental, todo tu ser se transforma: del cielo al infierno y del infierno al cielo. Cuando actúas inconscientemente, sin conciencia, estás en un infierno; cuando eres consciente, cuando actúas con plena conciencia, estás en el cielo.»

